

Una carta del consejero belga Eloin, fechada en Bruselas y dirigida á Maximiliano, acabó de revelar á éste la insidia de Napoleón, á la vez que despertó sus pretensiones al trono de Austria; y esto influyó mucho acaso en la resolución del llamado emperador.

Por otra parte, su orgullo tan hondamente lastimado por la política francesa se sublevó ante la idea de abandonar su puesto, fugándose confundido entre el convoy del ejército francés.

Por último la influencia omnipotente del padre Fischer, agente del clero, y las intrigas de los reaccionarios acabaron de precipitar el rompimiento entre Maximiliano y el cuartel general francés.

Miramón y Márquez, olvidando su resentimiento y deseando servir á su facción, estaban ya cerca del príncipe, y servían de centro común á los trabajos de los conservadores.

El Ministerio y el Consejo de Estado marcharon á Orizaba llamados por Maximiliano, conducidos por Miramón y escoltados por fuerzas francesas.

Demasiado conocidas son aquellas célebres conferencias de Orizaba, de las cuales salió el manifiesto de Maximiliano, en el cual declaraba que si la enfermedad de Carlota le había inspirado la convicción de abdicar, se había sin embargo resuelto á permanecer en el poder, siguiendo la opinión de los Consejos de Ministros y de Estado. Maximiliano ofrecía además, para la calendas griegas, la reunión de un Congreso Nacional que determinara si debía ó no continuar el imperio.

Maximiliano se había dejado embriagar por las promesas del clero, que trazó un plan de campaña fascinador. Lares y Fischer ofrecieron al príncipe, en nombre del clero, cuatro millones de pesos y un ejército pronto para entrar en campaña.

Márquez y Miramón tomarían el mando de las fuerzas imperiales. El primero ocuparía la capital y protegería el alto llano contra las tentativas de Porfirio Díaz.

Miramón, decían los clericales, marcharía al Norte al encuentro de Escobedo á quien derrotaría, ayudado por Mejía, cuyo prestigio militar no estaba perdido aún, á pesar de los desastres que el imperio había sufrido en la frontera.

Destruídos los republicanos que operaban en el Norte, Miramón volvería sobre los de Oaxaca y los haría pedazos! ¡Y Maximiliano tuvo el candor de creer posibles esos castillos en el aire!

Pero nos hemos detenido demasiado, y tenemos que seguir los sucesos, que marchaban con una rapidéz asombrosa.

Al comenzar el año de 1867 la intervención francesa había terminado: el 5 de Febrero se arrió la bandera francesa del cuartel general de Buenavista, y el Mariscal salió de México con sus tropas y acampó en la calzada de la Piedad.

Al siguiente día se perdía el ejército francés en el horizonte, reflejándose el sol en las bayonetas manchadas aún con sangre mexicana. Y dejaba nueve mil hombres enterrados en la tierra que había invadido, nueve mil hombres muertos en los campos de batalla, y sin contar con los que sucumbieron á las enfermedades del clima, ni los que quedaron locos ó enfermos en los hospitales.

El ejército francés marchó para Veracruz, escalonando sus jornadas estratégicamente y llevando un gran convoy.

Volvamos ahora al campamento del General Díaz.

En la primera quincena de Febrero se presentó en la Villa de Acatlán Mr. E. Burnouf, enviado por Maximiliano, ofreciendo á Porfirio el mando de todas las fuerzas imperialistas encerradas en Puebla y México, prometiéndole que Márquez, Larez y demás conservadores serían arrojados del poder, y que el mismo Maximiliano muy pronto abdicaría, abandonando el país, y entregando la situación al partido republicano.

El General Díaz, conservando la serenidad de su espíritu, contestó al enviado que como General en Jefe del Ejército que le había confiado el Supremo Gobierno de la República no podía tener con el Archiduque otras relaciones que las que la ordenanza y leyes militares permiten con el Jefe de una fuerza enemiga.

Esta enérgica y digna contestación la comunicó por circular el Señor Díaz á todos los Gobernadores y Comandantes militares de los Estados, publicándose en los periódicos republicanos.

En la segunda quincena de Febrero el General Díaz emprendió su marcha con las caballerías de Oaxaca y Puebla para Tepeji. Sobre

la marcha se le incorporaron las infanterías y la artillería que mandaba el General Manuel Gonzalez.

En San Juan Yacaquixtla y Tepeaca, se le unieron la brigada del Norte de Oaxaca á las órdenes de Figueroa, el batallón del Coronel Espinosa y otro cuerpo de caballería del Estado de Puebla.

Al concluir el mes de Febrero, el Cuartel general quedó establecido en Huamantla, donde llegaron tambien la brigada de Veracruz al mando del General Alatorre, la de Puebla á las del General D. Juan N. Mendez y las de Tlaxcala que mandaba Rodriguez Bocado.

En este lapso de tiempo, que tan rápidamente hemos recorrido, se consumaban hechos gravísimos para el imperio. Miramon, que con su audacia genial había marchado para el interior con cerca de dos mil soldados y un gran cuadro de Oficiales, después de reunir cuantas fuerzas imperialistas le fué posible, y de haber obtenido un efímero triunfo en Zacatecas, fué completamente derrotado en San Jacinto.

La División de Mejía, por otra parte, muy poco auxilio pudo dar al campeón del clero, porque todo su prestigio militar había concluído después del desastre de Matamoros, y de su retirada hasta Querétaro.

Comenzaba á disiparse el dorado sueño de los conservadores que habían creído reproducir el período de 1858 á 1860, y prolongar por dos años siquiera la vida de aquel imperio, que era la única tabla de su salvación.

La campaña del Norte fué fatal para los imperiales, y Escobedo avanzaba sobre Querétaro, haciendo replegarse á Don Severo Castillo, uno de los mejores Generales del clero, después del combate de la Quemada.

Juntamente con el brillante plan de campaña forjado en Orizaba se desvanecieron los cuatro millones prometidos por Fischer en nombre del clero, millones que Maximiliano no pudo palpar. Por el contrario, el tesoro imperial estaba exhausto, y sólo por el conocido sistema de las exacciones, que tan bien sabían emplear los conservado-

res, se reunieron algunos fondos para afrontar tan difícil situación.

Entonces se ideó un nuevo plan, arrastrando los clericales á Maximiliano para que se pusiera al frente de los restos del ejército acampados en Querétaro. Se deseaba empeñar hasta lo último al príncipe austriaco en aquella aventura: y los Jefes clericales querían además conservar siempre á su lado al llamado emperador para vigilarlo. Temían dejarlo sólo en la capital, conociendo la versatilidad de su carácter que podía impulsarlo á abdicar tal vez, intentando volver á Europa, y entregar México á los republicanos.

Sea lo que fuere, el hecho es que Maximiliano marchó para Querétaro con Márquez y las mejores fuerzas que éste pudo organizar.

Escobedo á su vez se acercó á la ciudad después del primer ataque del 14 de Marzo de 1867. Maximiliano se dejó sitiar allí por los republicanos.

Por fin en el mismo mes de Marzo el Ejército de Oriente descendió al Valle de Puebla, llegando frente á esta ciudad el día 8: al siguiente día el General Díaz establecía su cuartel general en el Cerro de San Juan, en el mismo campamento donde había tenido el suyo Forey durante el sitio que tanta gloria dió al Ejército mexicano.

Pero el General Díaz, á la vez que hacía esta campaña, vigilaba activamente la capital, mandando hasta Chalco una brigada de caballería. Disponía tambien que se le incorporaran las fuerzas de Guerrero que habían ocupado á Cuernavaca. Y á pesar del inmenso trabajo que tenía que emprender en la dirección de la guerra, atendía á todos los servicios administrativos del inmenso territorio que estaba bajo su mando, y arbitraba los recursos necesarios para sus tropas, y para los gastos que exigían las operaciones militares.

El General en Jefe del Ejército de Oriente comprendía bien que con ménos de tres mil hombres, que en aquellos momentos tenía, no podía sitiar y tomar una plaza guarnecida por un número igual ó mayor de soldados, y tan perfectamente surtida de municiones, armas, víveres y todo género de elementos.

Puebla contaba con una formidable línea de trincheras y baluartes erizados de artillería. Aquella ciudad, desde la ocupación francesa, se había convertido por el llamado imperio y por Bazaine en un ver-

dadero almacén de guerra imperial: y el Jefe francés, al retirarse el ejército invasor, había acopiado allí una gran cantidad de cañones y fusiles con las municiones respectivas en exceso, así como también el equipo bastante para que Maximiliano pudiera levantar un cuerpo de ejército.

Porfirio quiso desde el primer día obligar á los imperiales á salir de la ciudad fortificada, para darles una batalla en campo raso, donde estaba seguro de vencerlos. En tal virtud, tendió sus fuerzas en batalla, el día 8 de Marzo al pié del Cerro de San Juan.

Pero los imperialistas no aceptaron el reto y permanecieron encerrados tras de sus fortificaciones, que parecían inexpugnables. Entonces el General en Jefe republicano se decidió á ir á buscar al enemigo al centro de la plaza, comenzando las operaciones de un asedio que parecía insensato, contra una ciudad protegida por una artillería superior á la de los republicanos en número y calibre, defendida por mayor número de fuerzas, y tan bien dotada como dijimos ya, de infinitos pertrechos de guerra y víveres.

La noticia de este asedio llegó á Bazaine, que en esos momentos embarcaba en Veracruz los últimos batallones franceses que se habían retirado de Orizaba y Córdoba: y al saber la intentona del General Díaz no pudo ménos que asombrarse, asegurando que el caudillo de Oriente se estrellaría ante una ciudad tan perfectamente atrincherada y abastecida, y que él, Bazaine, la defendería con la mitad de la guarnición con que contaba.

Esta vez también se equivocaba el Mariscal, ya porque no contaba con el génio militar y audacia del General Díaz, ya porque olvidaba que de nada sirve la fuerza material á los gobiernos que agonizan, agoviados por la opinión pública.

En esos momentos surgía un incidente que más tarde había de significar un obstáculo grave que encontraría el General Díaz en su camino.

Nos referimos á la rápida venida de Márquez que al frente de numerosa caballería se había separado de Maximiliano, dirigiéndose á la capital. Es que ese viejo Jefe reaccionario, al saber que marchaban violentamente sobre Querétaro las fuerzas republicanas del Sur y del

Poniente, no quería quedar encerrado en la ciudad donde había dejado al príncipe austriaco abandonado á su mala suerte. Y prestando venir á organizar en México un ejército auxiliar para ir á salvar á su emperador, logró escaparse de Querétaro, aunque revestido con el carácter de Lugar teniente del imperio.

Márquez, en efecto, llegó á México, y rápidamente comenzó á levantar fuerzas y se arbitró de cuantos recursos le fué posible, recurriendo á todo género de violencias contra los ricos y los propietarios. Así llegó á levantar cerca de diez mil hombres, entre los cuales se contaban la legión extranjera, los cuerpos austriacos y los mejores batallones del ejército imperial.

Para concluir con esta reseña general de los hechos que se consumaban en el país, diremos, por último, que Bazaine con las últimas tropas de la intervención, se había embarcado el 12 de Marzo, alejándose entre las brumas del mar la escuadra que cinco años ántes había llegado á nuestras playas llena de altivez.

Porfirio, entre tanto, continuaba la empresa temeraria de sitiar á Puebla, que había resistido por tanto tiempo á treinta mil franceses, á pesar de que entonces los republicanos carecían de la artillería y de los elementos que tenía en 1867 la guarnición imperial.

Día á día el caudillo hacía prodigios de valor y de una infatigable actividad, recorriendo su línea incesantemente, multiplicándose en los lugares donde era mayor el peligro, dirigiendo los ataques parciales sobre los puntos que iba asaltando, é inspirando á sus tropas brío y confianza en el éxito de aquella operación tan audaz.

Apenas tomaba algunas horas de descanso en su campamento del cerro de San Juan, donde tenía que consagrarse al despacho de los negocios administrativos de los diez Estados que estaban bajo su mando.

En aquellos momentos, y durante las primeras operaciones del sitio, el General en Jefe del Ejército de Oriente recibió órdenes terminantes del Gobierno General, para que mandara fuerzas al sitio de Querétaro donde, según el gabinete del Señor Juárez, estaba la clave de la situación. Es que el Presidente, tan alejado del campo de los sucesos, ignoraba que si Márquez hubiera podido volver en auxilio de Querétaro con un cuerpo de ejército tan respetable, quizá hubiera cambiado la faz de la situación, y la lucha se habría prolongado más.

Sea lo que fuere, el General Díaz ni siquiera discutió las órdenes que se le daban, y mandó á Querétaro las fuerzas del segundo Distrito del Estado de México y una brigada de Puebla á las órdenes del General Don Juan N. Mendez. Dispuso además que Riva Palacio, que estaba en Toluca, se uniera á esta División con las fuerzas del primer Distrito.

Afortunadamente días después se le incorporó la División del Sur; y ni por un momento suspendió el General Díaz sus operaciones, atacando día á día un nuevo punto de los que ocupaban los imperialistas.

Así logró que Carrión tomara la Penitenciaría y San Javier, á costa de muchas pérdidas, y á pesar de la defensa desesperada de la guarnición.

Los combates eran diarios, contínuos, á la luz del sol, y bajo las sombras de la noche: las tropas del imperio recibían nuestras columnas con un fuego nutridísimo, utilizando su magnífica artillería: y sin embargo, el General Díaz entre un torbellino de metralla, hizo ocupar los puntos de Santiago y el Molino de Huitzotitla, para hostilizar mejor el Cármen que se defendía con desesperación.

A la vez por el Poniente y el Sureste las columnas republicanas se establecían en la Alameda, la Capilla de Guadalupe, el Parral y los baños de Carreto, cercando así las intomables fortificaciones de Belem.

El General Díaz había logrado situar una pieza de artillería sobre los hornos de Múgica, rellenando éstos previamente con escombros; y así dominó las fortificaciones del lado occidental de la plaza que los imperialistas habían reforzado, recordando sin duda los episodios del sitio anterior de Puebla.

En aquellos ataques la sangre corría á torrentes, sobre todo en la

toma del cuartel de San Marcos y el Hospicio, donde fué gravemente herido el General Manuel Gonzalez.

Más tarde fué asaltado y ocupado el Convento de la Merced, á la vez que tenía lugar un combate épico, terrible, en el Circo de Chiari-ni, incendiado durante la lucha, y donde Porfirio, en medio de una granizada de balas, con el vestido acibillado, el rostro ennegrecido por el humo, escapando como por milagro entre las llamas del incendio y entre los escombros que se desplomaban sobre él, alentaba á sus tropas y las hacía avanzar invencibles, supliendo su escaséz con su estrategia y su actividad.

Al concluir Marzo, dice un testigo presencial, los republicanos habían avanzado en unos cuantos días, más que los franceses en dos meses, durante el sitio de 1863.

El 30 de Marzo se disputaban los republicanos y los imperialistas la manzana Sur con encarnizamiento y desesperación, cuando estalló un incendio en los baños de Carreto.

Las llamas levantaban sus inmensas lenguas de fuego, devorándolo todo, las balas y las bombas llovían sobre los combatientes, hasta que los sitiadores, guiados por los Generales Díaz y Alatorre, que tranquilos desafiaban la muerte, alcanzaron el triunfo más espléndido.

En esos momentos salía Márquez de México con más de cinco mil hombres, y un numeroso tren de artillería, á socorrer á Puebla. El Ejército de Oriente, mermado por un mes de combates diarios, iba á encontrarse entre dos ejércitos, muy superiores en número y en elementos para luchar. Sólo el génio militar de su Jefe podía salvarlo.

Apenas se supo en el campo republicano la aproximación de Márquez con fuerzas tan numerosas, los Jefes vacilaron sobre la determinación que debía tomarse, porque era insensato continuar en aquella situación. Algunos opinaban por la retirada para salvar al Ejército de una derrota segura; pero eso era perder los triunfos alcanzados á cos-